Antonio Tejero 34 Puentes

El puente es la metáfora mágica de la unión desde tiempos inmemoriales. Una construcción de naturaleza complicada, costosa y siempre al borde del desastre, que se convierte en icono una vez salvado el curso que rasga la tierra. Sin puentes no habría comunicación con otros ni futuro para los pueblos, aislados en su propio ensimismamiento.

Ortigosa de Cameros tiene la fuerza de voluntad de contar no con algún puente, sino con decenas de ellos desperdigados por el núcleo urbano y el término municipal. Pero este empeño va más allá de una orografía imperativa; es el resultado de la voluntad de un pueblo por vencer a la Naturaleza y a la vez demostrar su propio poderío. Ortigosa se formó con el carácter emprendedor de sus gentes, que se abrieron al mundo con la intrepidez de los pioneros. Primero, para unir sus dos barrios, que se miran desafiantes encima de sus respectivas peñas. Después, para que el ganado saliera a pastar a tierras lejanas. Y finalmente, para que las manufacturas, productos y personas llegaran a los confines del mundo. Así, para vivir siempre necesitaron puentes. Puentes de todo tipo, tamaño y condición, que es lo que documenta esta exposición.

Podríamos clasificar los puentes ortigosanos en cuatro categorías generales:

- Los **abandonados**, comidos por la naturaleza en los lugares más recónditos de esta particular geografía doméstica. Apenas visibles, ya sin el uso al que fueron destinados, yacen como testimonio de un mundo pasado, ignorado por la vorágine actual.

- Los **sumergidos**, yacentes bajo la superficie del pantano como los restos de un naufragio. Necesarios en su época, se convirtieron en prescindibles para los planos de los ingenieros. Tras la inundación, solo son visibles en las épocas críticas, cuando la sequía devuelve un pálido reflejo de cómo era el valle antes del cataclismo.

- Los **sepultados**, que se encuentran bajo las calles del casco urbano. Antes visibles, cuando las calles estaban adoquinadas o con tierra, las sucesivas capas de pavimentación los han convertido en tan invisibles como necesarios.

- Los **icónicos**, siempre a la vista, tan majestuosos como imprescindibles para unir la complicada trama urbana de la villa y comunicarse con el exterior. Aquí encontramos dos de las obras ingenieriles más destacadas de La Rioja: el puente de Hierro, construido en 1910, y el impresionante puente de Hormigón, de 1924, que se trata del puente de arco de hormigón de mayor luz que se conserva de esa época.

La exposición

Esta serie de Antonio Tejero, planteado como el trabajo final del Máster de Fotografía de la Casa de la Imagen, ha llevado varios años de recopilación documental y de realización de las fotografías, buscando los lugares exactos de ubicación de las construcciones y esperando a que los factores ambientales (luz, vegetación, etc.) se aliaran para conseguir el mejor retrato posible de cada puente.

El estilo de las fotografías rememora al de los grandes maestros que documentaron la transformación de Ortigosa, con el insigne fotógrafo Alberto Muro a la cabeza. Él empleó los mejores materiales disponibles a principios del siglo XX, con placas de gran formato 18x24 cm., para lograr la mayor resolución posible de las imágenes. Para sus

fotografías, Tejero ha usado la cámara con mayor calidad en el mercado, la Phase One IQ4 de 150 píxeles, logrando un increíble nivel de detalle.
El recorrido expositivo se organiza a través de 33 imágenes contemporáneas de puentes, impresas con tintas pigmentarias sobre papel baritado de calidad museo con un tamaño 50x70 cm. Montadas en marco metálico, esta colección se rematará con una copia a gran formato 110x140 cm. que recrea la procesión inaugural del puente de Hormigón, tomada cien años después.
Complementando el recorrido actual, habrá un apartado histórico compuesto por unas 10 fotos antiguas recopiladas en el archivo de la Casa de la Imagen, además de otras recuperadas entre las colecciones conservadas en el propio pueblo, con firmas tan insignes como la de Alberto Muro, entre otros.

Breve resumen.

En el corazón de la sierra riojana, donde las nubes acarician las peñas y los barrancos guardan ecos antiguos, se alza **Ortigosa de Cameros**, un pueblo pequeño en extensión, pero desmesurado en historia. Su orgullo no se mide en murallas ni en castillos, sino en un patrimonio singular: **treinta y cuatro puentes** que enlazan riberas, caminos y memorias.
Entre ellos, se alza majestuoso el **Viaducto Pedro María Moreno:** un solo arco de hormigón, tendido en **1924**, que se eleva **54 metros** sobre el abismo, como un titán blanquecino, desafiando al vacío. No es un simple viaducto, es el emblema del ingenio humano enfrentado a la montaña. Fue financiado en su totalidad por los hermanos **Pedro María y Juan Moreno, con 250.000 pesetas y Ángel Arbex** fue el ingeniero. Fue **restaurado** en 2022 por el **Gobierno de La Rioja**.
No muy lejos, más ligera pero no menos audaz, se tiende la **Pasarela de hierro**, que en su fragilidad aparente es también símbolo de valentía: paso estrecho que une, suspendido sobre el vértigo, las dos laderas de un barranco de unos **60 metros** de altura. Fue construido en 1909 y financiado por **Enrique de La Riva con 6.000 pesetas**, los **hermanos Moreno con 4.000 pesetas cada uno**, y de **1.200 pesetas** cada asistente a la reunión de ***"Los amigos de la construcción ".*** Así hasta conseguir más de las **50.000 pesetas** que costó, y lo sobrante se usó para la educación en el pueblo. El ingeniero fue **Marcos Rezola**. En estos momentos se encuentra en proceso de restauración, con la previsión de terminar en 2026.
Más abajo, se guarda la sobriedad del **Puente de la Era sagrada**, cuyo **arco de piedra** levantado con esfuerzo y fe en la permanencia, se puede ver en la fotografía antigua, más tarde se **reemplazó por hormigón**; y el **Puente de los Escalerones**, más humilde, donde generaciones cruzaron el **río Seco** de camino al **Encinedo** o ahora a las cuevas. Bajo la plaza yace oculto el antiguo **Puente de la Plaza**, sepultado por el progreso, pero aún vivo en la memoria subterránea.
Algunos, como los pequeños pasos de **Vallóscobe, el Roble de la Virgen o la Tenada Caída**, han sido reducidos en la modernidad, a **tubos de hormigón enterrados** en la tierra. Sin embargo, incluso así conservan su dignidad: fueron arterias de unión, tendidas allí donde el agua separaba caminos.
Cada uno es distinto: unos son **colosos de hormigón, otras pasarelas de hierro, otros sencillos trazos de piedra sobre el río**. Pero todos responden a un mismo mandato ancestral: unir lo que la naturaleza había dividido.